

PROMETEA



Primera edición,
Septiembre 2013

Copyright © Mariano Pinós
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-46-9

Ilustración de portada: JOSÉ GABRIEL ESPINOSA
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL
Impresión: ULZAMA DIGITAL

Depósito legal: MA-1512-2013

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

PROMETEA

MARIANO PINÓS





A mis padres y mi hermana,
por su ejemplo y su eterno
apoyo incondicional.

Y a mi abuelo,
porque cada tebeo que me compró
al salir de la escuela ensanchó mi mente
y mi imaginación hasta llegar aquí.



1

HOY HA TENIDO ESE SUEÑO OTRA VEZ. ELINNAR SE HA DESPERTADO súbitamente al tener de nuevo esa visión. Y, como siempre, durante unos instantes ha permanecido en ella una sensación de añoranza, de melancolía... de saber que se deja algo detrás que nunca volverá.

Ha permanecido despierta mientras los demás dormían. La ciudadela entera soñaba, a excepción de los guardias que de vez en cuando se veían pasar por las almenas más altas. Y a excepción también de la tenue luz siempre vigilante de la torre más alta de todas, la Torre del Maldekstre, desde la que los Señores Turmenti dominan toda la ciudad de Grandánima. La inquietud se había apoderado de su mente sin que conociera la razón; tenía que salir del cubículo. Por eso sale sin hacer ruido. Sale al pasillo en silencio, entre la oscuridad absoluta. No es capaz de ver entre la penumbra pero recuerda el camino de tal forma que ni siquiera tiene que pensar por dónde va. La inercia la guía hasta el pasillo que lleva a las balconadas. Allí es donde ve la primera luz, la de un pequeño robot vigía. Emite una débil luz verde que se torna azul cuando la detecta. Deja que llegue hasta ella, flotando magnéticamente a un metro del suelo, y que la reconozca. Rayos verdes de escaneado reconocen los tatuajes de genuigi de Elinnar —donde se halla la información de su clase y la casa a la que pertenece—, recorriendo con su haz desde la cara hasta la cintura pasando por cuello, hombros y pecho. El pitido de aprobación suena y el robot se olvida de Elinnar, que sigue su camino hasta la esquina donde puede ver ya el reflejo de la luz de las lunas de Kredinda.

PROMETERA

Al fin sale de la absoluta oscuridad hacia las balconadas y el frío ambiente. Siente cómo el vello se le eriza ante el contacto con el aire. Las plantas de sus pies protestan por el contacto con el frío suelo. Pero le gusta estar allí, bajo las lunas y sobre la ciudad. Los genuigi no soportan el frío como los Amos y en cualquier otra situación hubiera salido con el traje de abrigo, pero hoy necesita una bofetada de frío que la despeje. Ese sueño la ha perseguido durante años, pero ahora se hace más intensa la sensación de desasosiego al despertar.

En los balcones se relaja. Es el único momento en que se siente sola y tranquila, el momento en que los turmenti duermen. Incluso ellos, casi divinidades para ella, deben dormir y descansar en sus torres en penumbra. A veces baja a los campos funerarios y pasea entre la niebla que cubre la hierba, entre monumentos y tumbas de los poderosos turmenti que murieron antaño. Sus espíritus parecen residir todavía en las estatuas que para ellos se levantaron. De algún modo parecen no morir del todo cuando al fin caen. Su presencia permanece de alguna forma en los campos funerarios. Elinnar ignora cómo puede ser, pero después de todo sólo es una genuigi y su función no es saber nada más que lo que su Ama considere que debe saber, y desde luego los misterios de más allá de la muerte no pueden ser comprendidos por Elinnar y los de su especie.

Uno de los lejanos soles de Kredinda estaba ese día lo más cerca que jamás podría estar hasta la siguiente órbita. Pese a ello, su luz era un distante farolillo en la oscuridad que envolvía la faz del planeta, un mundo desolado y barrido por los vientos huracanados provocados por las presiones atmosféricas. Tampoco llegaba apenas calor de sus estrellas. Eran los gases acumulados en la atmósfera los responsables de las temperaturas templadas. Jamás había brotado vida en Kredinda; al menos no se tiene constancia de ello. Tampoco era lógico que nadie hubiera tenido el más mínimo interés en un mundo yermo y oscuro. Pero, por esas mismas razones, era aquí donde se levantaba la vasta ciudad de Grandánima.

En las torres más altas de la ciudad se distinguían fantasmagóricas luces que eran difuminadas por la densa niebla que inundaba toda la urbe. Su parte más alta, libre de la niebla, estaba rematada con un enorme y largo pináculo, pero ninguno de ellos llegaba tan alto como la Torre del Maldekstre, de unos ochocientos metros desde su base, ni eran tan anchos ni estaban decorados de forma tan barroca.

De repente está más tranquila. Tomar el aire le ha sentado bien... pero cuando oye la voz de su Ama, siente auténtico terror.

—Es curioso el efecto que provoca el clima en tu inquietud.

La voz suena a su izquierda. Se arrodilla en cuanto es capaz de reaccionar y se gira hacia ella mirando al suelo. Su Ama estaba allí y no la había visto, ni siquiera la había notado.

—Pido su perdón, mi Ama, pues ignoraba que se encontrara aquí.

Ve sus pies. Su blanca piel aún parece más blanca si cabe a la luz de las lunas. Pies hermosos y perfectos, como sólo pueden serlo los de un turmenti, que caminan gráciles hacia ella. Sólo eso ve hasta que siente su mano sobre la cabeza, en su gesto característico para indicar que puede levantarse. Entonces Elinnar siente su mirada posada en ella. La mira directamente a los ojos. Su mirada es profunda. Elinnar no puede soportarla; le palpita el corazón y le falta el aire para respirar. Sabe que ella se está metiendo en su mente, leyendo como en un libro abierto. Es abrumador. La ansiedad crece sin medida y siente que algo en ella va a explotar. Pero dura poco. Cuando su Ama ve lo que quiere, quita la mirada y Elinnar se desploma sobre el suelo de nuevo, intentando recobrar el aliento. Su figura desde el suelo es aún más impresionante. Pálida piel, que brilla bajo las lunas, largo pelo blanco y oscura toga movida por el viento. Elinnar intenta levantarse, pero todavía ve sus ojos grises en todas partes aunque cierre los suyos. Ella, su Ama Anarhia, apoya sus manos sobre la balaustrada y le habla con su voz delicada y firme a la vez, despreocupada y tranquila.

—Sientes nostalgia... ¿De qué puede sentir nostalgia una genuigi?

—Lo ignoro, señora.

—Por eso tu inquietud... Dime, Elinnar, ¿qué ves en tu sueño?

Durante unos instantes Elinnar no sabe contestar. Es completamente inusual que un Amo sienta algún tipo de interés por las tribulaciones de un genuigi. Principalmente porque se supone que los genuigi no tienen mundo interior, ni dudas, ni cavilaciones. Sólo existen para servir a sus amos, preparando toda su exigua vida para el momento culminante que da sentido a su existencia: la muerte a manos de sus amos. Y se sienten afortunados por ello. Nada más tiene importancia.

Pero Elinnar no es una genuigi normal. Tampoco su Ama es un ama usual. Anarhia trata a sus genuigi de forma diferente a los demás turmenti. Y en este momento de intimidad, pese a no ser su genuigi preferido, se interesa por Elinnar.

—Camino hacia cuatro símbolos cuyo significado es desconocido para mí. Entonces fuego blanco me envuelve. Alguien detrás de mí ruega que

PROMETERA

no vaya hacia la luz, pero no puedo verlo ni hacerle caso. Todo es cegador y entonces me despierto...

—Con nostalgia —completa Anarhia.

—¿Qué es nostalgia, mi Ama?

Anarhia se vuelve hacia ella. Ahora que no mira dentro de su mente, puede soportar su mirada, aunque no la mira a ella ni a ninguna parte en particular. Parece que está buscando las palabras.

—Es algo referido al campo de las... emociones. Significa añorar lo perdido, tristeza por su recuerdo.

—¿Cómo puedo sentir lo perdido cuando nada he tenido, mi Ama? No lo entiendo.

—Y no lo entenderás. Hoy, al menos. Dentro de poco comenzará la actividad. Deberías descansar.

Elinnar marchó inmediatamente al cubículo tras hacer una breve reverencia. Atravesó de nuevo la oscuridad hasta llegar a su litera e intentó dormir las pocas horas que quedaban hasta que volviera la vida a la ciudad.



LAS LUCES SE ENCENDIERON SÚBITAMENTE A LA MISMA HORA DE CADA día. Los genuigi se despertaron y se aprestaron a saltar de sus literas y a enfundarse el mono amarillo. En uno de los hombros estaba marcado en negro, en alfabeto turmenti, el símbolo de la casa y el nombre de Anarhia. Salieron del cubículo al pasillo con rapidez, para encontrarse con los otros genuigi de los cubículos contiguos que también salían precipitadamente, mientras un pequeño robot flotaba sobre sus cabezas dando instrucciones para que se reunieran en la sala formativa. Ya se ponían en marcha cuando Ilíbil miró a su alrededor y comprobó que Elinnar no estaba, así que se asomó de nuevo al cubículo. Allí, torpemente, Elinnar terminaba de enfundarse el mono amarillo. Estaba aturdida y maldiciéndose por no haber descansado suficiente.

—¿A qué esperas? —le espetó desde la puerta con urgencia.

Un bufido fue la respuesta que obtuvo. Elinnar ya caminaba hacia la salida cuando al fin habló a Ilíbil.

—No deberías esperarme. Te estás retrasando y seremos dos los que insultaremos al Ama con nuestra indisciplina.

—No llegaremos tarde —respondió él mientras ambos corrían para alcanzar a los demás por los pasillos mugrientos—. Te aseguro que llegaremos antes que Enival.

Pronto alcanzaron al grupo, un homogéneo grupo de monos amarillos y cabezas calvas con tatuajes identificativos que, al trote, se dirigía a la sala formativa. A la cola del pelotón, Enival veía cómo llegaban los dos rezagados. Ilíbil sonrió:

—Sabía que otra vez estarías en la cola. Tu habilidad para fracasar es desconcertante.

Elinnar sonrió también, divertida por la situación. Tras llegar a la cola, se pusieron a la par que Enival, que miraba a Ilíbil contrariado.

—Guarda tus mofas, Ilíbil. Me gustaría verte con mis dolores de pie. Veríamos entonces si tu lengua era tan ágil.

—Con excusas no se es digno de Anarhia, Enival.

El grupo dejó atrás la estrechez y suciedad de la zona genuigi, y entró en los amplios pasillos por los que hacía tan sólo unas horas Elinnar había llegado a las balconadas. Pasillos con altas columnas plateadas y paredes y suelos de piedra negra tan pulida que reflejaban al grupo formado por la veintena de genuigis.

Pasaron un pórtico hexagonal, seguidos por varios robots flotantes, donde Ilíbil y Elinnar dejaron atrás a Enival. Poco después, todos formaron en fila en la sala formativa, una sala amplia de diseño similar al resto del palacio. Allí aguardaron en silencio durante un largo rato, a unos cuantos metros de una puerta plateada rematada en un arco ojival, en semipenumbra.

Pasado un tiempo la puerta se abrió y, como un resorte, los genuigi se arrodillaron y quedaron con la vista hacia el suelo.

Anarhia entró en la sala. Aunque sus genuigi no podían verla, enseguida sintieron su presencia en cada parte de su cuerpo de forma intensa. Era como sentir la proximidad de una tormenta, como sentir una respiración permanente en la nuca, dentro de la cabeza... imposible de explicar; sólo se puede experimentar y aun así el recuerdo no es ni remotamente parecido al momento.

Vestía un peto plateado ajustado a las líneas de su cuerpo, esculpido a la medida exacta de sus pechos; era el complemento final de su indumenta-

PROMETERA

ria, a medio camino entre la armadura ligera y un vestido, compuesto por varias secciones. Placas plateadas que cubrían parte de las extremidades, por segmentos, y que en las piernas terminaban en una bota. Hombreras estilizadas sobre las que caían los mechones blancos y lisos de su cabello. Entre los diferentes segmentos de su armadura asomaba su pálida piel, prácticamente blanca, como su tez. El iris de sus ojos era plateado. El contorno de sus ojos, negro, lo único oscuro, a excepción de sus pupilas, que podía encontrarse en ella. Una capa blanca se colaba entre sus axilas y jugueteaba como si acariciara su cuerpo.

Caminó como si pasara revista pero despreocupada, sin prisa y como si no buscara nada en concreto. Caminó entre ellos, dejando que su capa rozara a aquel que estuviera cerca. Se detuvo frente a Ilíbil que, como todos, mantenía su cabeza en el suelo. Ilíbil sintió la emoción. Sabía que le miraba a él.

—Mírame.

Todos sabían que esa orden no iba para ellos, sino para otro, Ilíbil. De alguna forma hasta los próximos a Ilíbil sabían que esas palabras no iban para ellos. Él levantó la cabeza despacio y la miró.

La amaba. Todos los genuigi sentían devoción por su Ama, claro. Es lo que les inculcan desde pequeños y así llegan a sentirlo. El único sentimiento que les está permitido. La única devoción que pueden prestar. Entregar su vida a Anarhia es lo único que les está permitido. Pero Ilíbil la amaba realmente. No pedía nada a cambio, era un amor incondicional. No había amor entre los genuigi. Ni estaba permitido el sexo. Ni había amistad. Sólo algunos lazos más con unos que con otros, pero aun así, en secreto, sin hacerlo explícito. Todo era soterrado y en ocasiones ni ellos mismos eran conscientes. Podía nacer un principio de amistad, pero luego se olvidaba y se diluía. No había amor allí. Sólo el de Ilíbil por Anarhia. Pero tampoco podía tocarla ni explicitar sus emociones, sino contenerlas. Tal contención hacía que sus emociones se desbordaran por el único hueco: los ojos. A Anarhia no le hacía falta mirar dentro de la mente de Ilíbil para saberlo. Sólo en la mirada se podía ver como si fuera una hoguera. Tal vez por eso era su preferido.

—Bien.

Anarhia se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de nuevo.

—Formación general.

Ilíbil podía sentir la envidia de algunos de sus semejantes por ser el preferido de Anarhia. Lo veía en sus miradas, lo respiraba. Aunque había

otros muchos que no tenían tal envidia, como Elinnar, lo más parecido a una amiga que un genuigi puede tener si conociera el concepto. Pero no pudo pensar en ello mucho más. En cuanto Anarhia desapareció por las puertas, inmediatamente, los robots se pusieron a ir de un lado a otro emitiendo pitidos y los genuigi se levantaron para dirigirse a los extremos de la sala, donde las paredes se movían y traían brazos robóticos que instalaban diferentes aparatos de entrenamiento.

La distribución de los aparatos era aleatoria. Así, Elinnar se encontró con un simple agujero en la pared. Ya sabía lo que significaba y se maldijo por tener mala suerte. Esa precisa mañana no se sentía con ganas para afrontar ese ejercicio. Pese a ello, se plantó ante el agujero, expectante, intentando poner en alerta sus sentidos.

Así, durante minutos, se mantuvo mirando al agujero en la pared.

Cerca de ella, Ilíbil tomaba una espada larga de doble filo y se preparaba para tener un duelo con un brazo robótico rematado en un largo filo, como el de otra espada. Sin dar cuartel, el brazo lanzaba estocadas que Ilíbil paraba una tras otra sin demasiados problemas, al menos de momento.

A su lado, otra genuigi, Aldinar, se medía con otro brazo robótico de igual forma. Y así sucesivamente, los genuigi hacían frente a otras pruebas físicas a lo largo de toda la sala.

Elinnar seguía mirando el agujero. Respirando fuerte. Sin ningún tipo de aviso ni sonido, una bola salió disparada hacia ella, y le acertó en la frente. El tremendo golpe la tiró al suelo. Dolorida, se incorporó para de nuevo plantarse ante el agujero. El objeto de la prueba era esquivar tantas bolas como se lanzaran durante el tiempo que la misma durara. Y eso podía ser poco... o mucho tiempo.

Una hora después los ejercicios cambiaron de la misma forma que habían surgido. Ahora combinaban ejercicios de intelecto; largas sucesiones psicotécnicas ponían a prueba la agilidad mental y las capacidades mentales de todos. Elinnar, liberada al fin de la prueba de la bola, no tuvo tiempo de descansar y tuvo que ponerse delante de un videograma para resolver complicadas relaciones entre letras del alfabeto turmenti. Pero no estuvo mucho tiempo, pues un pequeño robot flotante llamó a seis genuigi, entre ellos Enival, Elinnar e Ilíbil.

Siguieron al robot por pasillos hasta una sala a la que le faltaba una pared. Por allí se veía el cielo nocturno perpetuo de Kredinda y unas pasarelas que conectaban con la barcaza de Anarhia, suspendida en el aire y

PROMETERA

amarrada a las pasarelas. Era el muelle personal de su señora. El robot les ordenó preparar la barcaza para salir en breves minutos.

Elinnar saltó a la barcaza. Era un elegante bajel con la cubierta descubierta e impulsores en la quilla, en cuya popa se levantaba una concha plateada de metal que albergaba un pequeño camarote que podía cerrarse a la vista de los demás o dejarse abierto. Detrás de ella y justo ya al borde de popa y más elevado, el lugar del timonel. Allí fue Elinnar directamente. Pero Ilíbil, más rápido, llegó antes. Elinnar lo miró con furia.

—A mí también me gusta dirigir el timón —repuso Ilíbil ante la cara de Elinnar.

Elinnar estaba muy contrariada. Después de los sueños inquietantes, dormir poco y mal y sufrir la prueba de la bola, pensaba que se merecía una actividad con la que disfrutara un poco.

—Lo que te produzca placer es irrelevante —respondió Elinnar en un tono en el que sólo Ilíbil podía percibir el deje de sarcasmo—, sólo el placer del Ama importa.

Ilíbil primero quedó mudo estudiando una respuesta pero enseguida optó por dejar el timón a Elinnar. No le importaba. Además, sintió cierta satisfacción en complacer a su compañera. Se dirigió a los sensores delanteros de proa para comprobarlos junto a Aldinar, que se distinguía de los demás por tener una piel mucho más oscura y que rivalizaba con Ilíbil en hazañas físicas. Ambos trabajaron en silencio mientras Enival y otros dos preparaban el camarote.

Elinnar se sintió agradecida por poder poner sus manos en los mandos de la barcaza. Los momentos en que podía dirigirla eran los mejores; además era la que mejor lo hacía. Seguro que Anarhia lo sabía. Anarhia lo sabía todo.

Apenas conectó los motores magnéticos y dispuso la pantalla de mandos, llegó Anarhia y se dirigió al camarote. No miró a Elinnar, pero estaba claro que sus palabras estaban dirigidas a ella.

—A la Torre de Manoth.

Anarhia entró en su camarote. Elinnar insertó los datos y las coordenadas de la Torre de Manoth aparecieron en pantalla. No estaba muy lejos de allí. Observaba los datos mientras la mortecina luz verde de la pantalla le iluminaba el rostro. Agarró los mandos.

La barcaza salió del muelle y planeó sobre el vacío, atravesando la niebla y la ciudad de Grandánima con un leve zumbido que sólo era perceptible al ponerse en movimiento.

Ilíbil y los otros, sobre la cubierta, eran incapaces de ver nada a través de aquella niebla, pero gracias a los instrumentos de control, Elinnar sabía perfectamente por dónde iba. El ambiente era más frío en aquellas alturas. Mantenía un vuelo constante y fluido y pronto dejó atrás la Torre de Anarhia. Pasó la Torre del Maldekstre y avanzó hacia el norte, donde terminaba la ciudadela y comenzaban los edificios de los Menores. Más allá se extendían los arrabales brugos, pero la Torre de Manoth estaba ya frente a ellos, en el límite de la ciudadela.

Las indicaciones de pantalla le indicaron el muelle de atraque de la torre y con gran habilidad hizo la maniobra de aproximación.

La niebla se hizo menos densa e Ilíbil ya podía ver desde proa el muelle de la Torre de Manoth. Era una simple y larga pasarela cuyo extremo inicial comenzaba en una puerta abierta a varios kilómetros de altura. El otro extremo terminaba en el vacío, donde debían atracar los transportes. En aquel extremo Ilíbil intuyó una delgada figura que aguardaba. No podía distinguirla, pues el contraluz que provocaba la luz de la puerta sólo dejaba entrever una débil silueta.

Elinnar amarró suavemente la barcaza y Anarhia salió del camarote para dirigirse a la pasarela. Allí aguardaba un genuigi de Manoth. Elinnar e Ilíbil se pusieron tras su señora para seguirla y observaron al genuigi, una frágil figura... una copia esperpéntica de ellos mismos. Ya habían visto a genuigis de otros señores y sabían que sus vidas eran mucho más lastimeras. Pero había algunos, como éste, que eran una auténtica ruina. Extremadamente delgado, sucio, con los ojos hundidos en sus cuencas oculares y, a la vez, con una expresión trágica. Tembloroso y encorvado, el genuigi hizo una reverencia a Anarhia.

—A sus pies, Ama Anarhia; el Amo Manoth aguarda en su sala privada. Os guiaré hasta él...

Anarhia no dijo nada. Se limitó a seguir al genuigi encorvado por la pasarela hasta la puerta. Elinnar e Ilíbil la siguieron y, tras ellos, sus cuatro compañeros.

Pasaron por pasillos similares a los que acostumbraban a ver cada día, aunque menos resplandecientes. Elinnar advirtió que el genuigi encorvado tenía algunas deformidades en las extremidades que le hacían caminar de un modo grotesco, más aún cuando el genuigi apretaba el paso.

Llegaron a una gran puerta doble donde aguardaban otros dos genuigis de similar aspecto, que empujaron las puertas nada más verlos. Las puer-

PROMETERA

tas emitieron chirridos y Anarhia aguardó a que estuvieran abiertas para atravesarlas, seguida por sus seis sirvientes.

Elinnar notó un olor un tanto repulsivo, denso y penetrante que no fue capaz de identificar. Tras un oscuro pasillo llegaron hasta una gran sala de paredes de mármol negro pulido y mortecinas luces verdes. Allí pudieron atisbar a un montón de genuigis de monos de distinto color, de rodillas en torno a un asiento similar a un trono, vacío, a unos pocos metros de altura del suelo, al que se accedía por unos escalones. Pero estos escalones estaban ocultos bajo los cuerpos de algunos genuigis inertes, con sus monos sucios y desgastados. Junto al trono, había una criatura que no se parecía a nada de lo que Elinnar hubiera visto antes. Era un poco más pequeña que cualquiera de ellos, del tamaño de un niño genuigi, pero carecía de nariz y orejas. Sus ojos eran grandes óvalos negros y su piel parecía formada por duras escamas marrones. Cuando los vio emitió un graznido. La comitiva de Anarhia se detuvo.

—Anarhia —dijo una voz cavernosa y profunda a su izquierda.

De las sombras surgió un turmenti de largos cabellos blancos. Como todos los turmenti era alto y de tez blanca. Lo cubría una túnica carmesí que se enrollaba por varias zonas y que sólo dejaba ver las extremidades y los pies descalzos. Su cara tenía rasgos duros y su mirada, curiosa. Elinnar y sus compañeros evitaron mirarlo. Era Manoth.

Manoth habló a Anarhia en el idioma turmenti, de modo que Elinnar no tenía manera de saber de qué hablaban.

3

—TE DOY LA BIENVENIDA A MI CASA, PARIENTE DEL MÁS PURO LINAJE —dijo Manoth extendiendo los brazos hacia Anarhia y haciendo una leve reverencia que contenía no poco sarcasmo.

—No pierdas tu tiempo en formalismos, Manoth. Hacen perder el tiempo.

Manoth rió entre dientes. Su risa era grave y profunda. Caminó unos pasos hacia ella y le mostró el trono con una mano extendida. Sus dedos de

largas uñas mostraban sangre seca, restos de las actividades que Anarhia seguramente había interrumpido.

—Siéntate en mi silla, por favor; el protocolo tiene un sentido... recordarnos a nosotros mismos la jerarquía que a todos nos afecta.

—Siéntate tú si lo deseas. Es tu casa y no tengo por qué recordarte nada que no sepas ya.

—Lo haré entonces.

Manoth se dirigió hacia su sillón. Caminó sobre algunos cuerpos de sus genuigis para llegar hasta él. Algunos cuerpos se tensaron delatando que estaban vivos. Otros sin embargo permanecieron inmóviles. Manoth tomó asiento, despreocupado. Anarhia se acercó a algunos de esos genuigis y los observó.

—¿Qué opinas de mi obra con estos genuigis? —preguntó Manoth divertido—. Veo que sigues siendo la mejor en maduración de ánimas. Tus genuigis parecen incluso... bañados.

—Es porque están bañados —dijo Anarhia secamente y apartó su mirada de los lastimeros seres que rodeaban el trono de Manoth.

—Oh, la verdad es que yo no he sido tan eficiente en esta cuestión... como ves, no he empleado todo el tiempo que debería en haber seguido tus consejos en cuestiones de fungibles, aunque claro, algunos hemos estado en la guerra...

Anarhia rió y le dio la espalda a su interlocutor, para luego volverse hacia él de nuevo.

—Empezaba a pensar que de verdad me habías llamado para hablar sobre fungición y ánima, cuando de lo que hablamos es de ¿reproches?

—Ya sabes, pariente del más puro linaje, que las cuestiones culinarias no son mi tema preferido de conversación... pero ¿reproches? ¿Quién soy yo para cuestionar tu compromiso con el futuro de nuestra civilización?

—Nadie, Manoth. Nadie.

—Así es. Sólo quería compartir contigo las nuevas acerca de la última campaña de la que regresé.

—Sabes que nunca me interesaron en exceso las hazañas bélicas.

—Recuerdo haberte deleitado con algunas en otros tiempos, en aquellas fiestas que organizabas y que tanto nos deleitaban a los Jóvenes. Hace tiempo de aquello... ¿ya no nos regalarás con esas bacanales?

—Requieren su tiempo... hace falta tiempo para que las ánimas maduren y sean plenamente satisfactorias... Ya conoces mis consejos sobre el tema.

PROMETERA

—Lo sé...

Manoth atrapó con una mano la cabeza del genuigi más próximo y lo levantó sin esfuerzo. Los ojos del genuigi se entornaron y su boca se entreabrió. Manoth apretó sus dedos y comprimió la cabeza de la frágil figura.

—Pero ya sabes tú también —prosiguió él— que nunca he tenido tanta paciencia.

Manoth apretó y el ánimo del genuigi abandonó su cuerpo. La sustancia mitad luz y mitad niebla salió de cada poro del genuigi y se dirigió hacia Manoth, que la consumió por boca y nariz, deleitándose con el bocado, estremeciéndose de placer hasta que ya no salió nada y el cráneo fue aplastado. Tras ello, lanzó el cuerpo muerto hacia una pared, para allí rebotar contra el suelo. Anarhia percibió la inquietud de sus genuigi al observar la escena. Manoth se dirigió a ella de nuevo.

—Anarhia, sabrás sin duda que participar en las expediciones bélicas requiere un coste. Y como devoto servidor imperial en sus esfuerzos guerreros llevo un tiempo distinguiéndome en la guerra con el Adversario. Acabo de llegar pero pronto me embarcaré en otro ataque en los sistemas Sardos.

—Tu ardor guerrero me sobrecoge —apostilló Anarhia, irónica y despreocupada.

—La cuestión es —continuó Manoth ignorando el comentario— que las escasas posesiones que mi Casa me otorgó no son suficientes para seguir el ritmo que requiere la guerra.

—Entonces detén tus ambiciones sobre nuevos mundos durante un tiempo, hasta que tus posesiones generen recursos...

—Como he dicho, no tengo tanta paciencia como tú...

—Manoth... dime de una vez que es lo que quieres de mí.

—Quiero comprar algunas de tus taifas menores.

—¿Comprar? ¿Qué te hace pensar que necesito algo más de lo que tengo? Tengo todo lo que pueda desear en esta galaxia.

—Tú posees decenas de mundos otorgados sólo por nacer en la Casa a la que perteneces... ¡y no participas de las glorias turmenti! Tus mundos están infraexplotados. Sólo los destinas para tu placer personal... y otros incluso para menos. Sólo cuatro taifas, Anarhia, que no significan nada para ti... pero muy útiles para mí. Tendrías mi eterna gratitud.

Anarhia rió a carcajadas de una forma deliberadamente humillante. Manoth permaneció en silencio, aguardando a que ella tuviera a bien terminar su risa.

—No —dijo Anarhia al fin.

—¿Por qué? —preguntó Manoth en voz baja, visiblemente enfadado.

—Porque no me importa tu gloria guerrera, Manoth. Ni me importas tú ni tu Casa decadente. No hay nada que tú poseas que yo pudiera querer a cambio. ¿Acaso ha sido tan escasa tu distinción en la batalla que no esperas conseguir ningún mundo en el reparto del botín?

—Mundos áridos o destruidos por bombardeos. No son de ningún provecho.

—Seguramente mundos destruidos por tus bombardeos... no soy tan ajena a los chismes de la corte. Tu afición por destruir desde el espacio, sin mancharte las manos, es comentada con desprecio de vez en cuando. ¿Y ahora vienes a mí para que te regale mis taifas?

—¡Te los pagaré a buen precio!

—Para la que todo lo tiene, la moneda de cambio es menos que nada. Toda transacción para mí sería un mero regalo... y no voy a regalarte nada. Exprimirías esos mundos arrasando su belleza y sus formas de vida sólo para poder costearte nuevas legiones que te ayuden a conseguir más gloria y poder... ¿y por qué voy a desear que tú o tu infame Casa obtengáis más poder?

—¿Belleza? ¿Formas de vida? ¿Qué es eso para nosotros? Sólo importa la conquista de la Egegonía, la conquista de todo el universo.

—Sí, sí... lo sé. Nunca os habéis preguntado qué haréis cuando no haya nada más por conquistar...

—Tus palabras suenan a herejía, Anarhia...

—También lo sé —rió ella—. Antes de que tú comprendas algo, será más fácil que mis genuigis adquieran la hyperación...

Manoth se giró hacia uno de sus genuigis y lo levantó del cuello como a una marioneta rota, mostrándoselo a Anarhia.

—¿Que si creo que una de estas... cosas puede evolucionar hasta conocer la hyperación?

Manoth lo lanzó hacia atrás, por encima de Elinnar e Ilíbil, y el cuerpo se estrelló contra el suelo detrás, más allá de ellos.

Manoth se giró hacia Ilíbil y alargó su brazo hasta el, en actitud de cogerlo.

—¿Esto? ¿Esto?

Anarhia rugió como nunca la habían escuchado rugir antes sus genuigis, haciendo que los oídos de Elinnar, Ilíbil y los demás dolieran agudamente.

PROMETERA

—¡NO OSES TOCARLO!

Manoth detuvo su mano a escasos centímetros de la cara de Ilíbil, tenso en extremo, con los ojos muy abiertos fijos en la mano. Elinnar temió por él. Manoth rió y miró a Ilíbil y luego a Elinnar, relamiéndose. Recogió el brazo, volviéndose hacia Anarhia.

—No, Anarhia, no lo creo.

—Manoth, eras más divertido en aquellos días —dijo Anarhia mientras movía la cabeza, risueña—. Tenías la mente más abierta a otras posibilidades... Ahora la ambición desmedida y el resentimiento te ciegan. Me aburres.

—Entonces busca otro que te divierta más, noble pariente.

Anarhia caminó hacia Manoth y se puso frente a él.

—Una lástima que ya no pienses como entonces.

—No olvidaré este insulto, Anarhia... no lo olvidaré nunca.

—No lo hagas, te lo ruego.

—Te has degradado con tanto tiempo de vida palaciega en Grandánima. Los demás murmuran que has perdido el juicio y que tu indiferencia respecto a los asuntos del imperio debe ser castigada. Nadie ríe ya tus tonterías de niña noble.

—Cállate, Manoth. No me sirves. En otro tiempo fuiste un agradable compañero de diversión. Ahora me aburres.

Sin mediar palabra, Anarhia indicó mentalmente a sus genuigis que la siguieran y dio la espalda a Manoth. Abandonó la estancia y se dirigió a su barcaza, dejando a Manoth furioso, quien se despidió de ella con una forma protocolaria cargada de ironía:

—¡Vida eterna al linaje de Monahestro! ¡Siempre a vuestras órdenes!

4

CUATRO SÍMBOLOS. SON BORROSOS AL PRINCIPIO. DOS DE ELLOS ABAJO y otros dos más arriba, demasiado para distinguirlos. Se desplazan acompañados por un sonido de engranajes; los cuatro símbolos se acercan los unos a los otros y convergen en el centro. Ahora puede distinguirlos casi